



SERMONES
QUE ILUMINAN



SERMONES PARA

Semana Santa y Pascua de 2023

Una ofrenda de los
Sermones que Iluminan

LA IGLESIA *Episcopal* 

Semana Santa 2023

Querido lector:

Gracias por descargar Sermones para la Semana Santa y Pascua de 2023, una colección de materiales preparados por algunos de los mejores predicadores de la Iglesia Episcopal. Sermones que iluminan, un ministerio de la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, ha proporcionado sermones, estudios bíblicos e insertos para boletines gratuitos y de alta calidad desde 1995. Cada semana, tenemos el placer de obtener, revisar y publicar estas piezas; esperamos que sean edificantes a medida que las escuche, lea, marque, aprenda y digiera interiormente y sus correspondientes Escrituras.

Pasé algunos de mis años más formativos en una pequeña universidad calvinista de artes liberales en el oeste de Michigan, donde estaba rodeado de personas a las que amaba mucho y con las que a menudo no estaba de acuerdo en cuestiones de teología. Crecí en la Iglesia Episcopal, pero esta escuela me atrajo por varios de sus encantos, incluido el hermoso campus, el clima ligeramente mejor y la larga asociación de mi familia con el lugar, pero incluso entonces, había una buena dosis de cultural shock, estar entre jóvenes cristianos evangélicos todos los días de la semana. Lo que más me impresionó de la vida religiosa de mis compañeros de estudios no fue el movimiento de brazos en la capilla, ni los estudios bíblicos semanales organizados por los estudiantes, ni las vacaciones de primavera “alternativas”, realizando el servicio misionero en todo el mundo mientras los compañeros de la escuela secundaria estaban de fiesta en climas mucho más cálidos. No, lo que más me llamó la atención fue la seriedad con la que estos grupos de jóvenes adultos se comportaban en asuntos de fe. Por supuesto, había alegría, pero en mi opinión, siempre estuvo mitigada por una severa ansiedad acerca de si uno pudiera realmente sentirse “salvado”.

Cuando comencé a reflexionar sobre esta carta, toqué un himno

favorito (y convenientemente más austero) para ponerme en el estado de ánimo adecuado para la Semana Santa: “Un himno a Dios el Padre”, escrito primero como un poema por el sacerdote anglicano John Donne. El texto es una oración de perdón y una reflexión sobre la condición humana caída. Hay un momento en el que le pregunta a Dios si puede ser perdonado de un pecado del que se arrepiente pero que comete continuamente, un pecado que capacitó a otros pecar más, y un pecado “que [él] evitó uno o dos años, pero que se convirtió hasta en una veintena”. Él le asegura a Dios que una vez que esos pecados son perdonados, hay muchos más de donde vinieron. Finalmente, Donne nombra un pecado decisivo: el miedo. Teme que, después de su muerte, será abandonado porque sus pecados son demasiado graves y numerosos para que incluso Dios los perdone. ¿Quién no ha sentido esta ansiedad? ¿Quién no ha pedido una palabra férrea, física y literal a Dios que nos recuerde que estamos perdonados, que no estamos abandonados?

Creo que Donne tiene razón cuando llama a este miedo un pecado. No es una maldad en particular, pero es una deficiencia que nos aleja de las alegrías inefables de la vida con Dios. Y esto, lo creas o no, es una Buena Noticia, porque Dios siempre está dispuesto a perdonar los pecados y continúa llamándote a ti y a mí, a mis compañeros de clase, a nuestros amigos y familiares, a regresar. En un mundo que se deleita en mantenernos en el miedo, esto es motivo de valentía: que el amor de Dios sea tan grande, que nos ofrece un maestro, un amigo y un redentor en Jesucristo. Que durante los horrores de la Semana Santa y el triunfo de la Pascua abandonemos nuestros fracasos y angustias y descansenos, seguros de que nuestro Señor nos ama “hasta el extremo” (Juan 13, 1).

En nombre de Sermones que iluminan y de la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, les deseo una bendita Semana Santa y una feliz Pascua.

Su hermano en Cristo,
Christopher Sikkema
La Iglesia Episcopal

Domingo de Pasión: Domingo de Ramos

COLECTA

Dios omnipotente y eterno, en tu tierno amor hacia el género humano, enviaste a tu Hijo nuestro Salvador Jesucristo para asumir nuestra naturaleza, y padecer muerte en la cruz, mostrándonos ejemplo de su gran humildad: Concédenos, en tu misericordia, que caminemos por el sendero de su padecimiento y participemos también en su resurrección; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

**ISAÍAS 50:4-9A; SALMO 31:9-16; FILIPENSES 2:5-11;
SAN MATEO 26:14-27:66 O 27:11-54**

DOMINGO DE PASIÓN: DOMINGO DE RAMOS

El Rvdo. Antonio Brito

Estamos al comienzo de la gran semana cristiana. La pregunta que debemos hacernos en este día nos la presenta san Mateo: “Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la ciudad se alborotó, y muchos pregunta-ban: ¿Quién es éste?, y la gente contestaba: Es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea”.

Los que no pertenecían a este agasajo triunfal y lo presenciaban formularon una pregunta absolutamente lógica: ¿Quién es este hombre? Cualquiera de nosotros, en una ocasión semejante, hubiéramos pregun-tado lo mismo. Sin saberlo, estaban formulando una pregunta que, muchísimos hombres y mujeres de todas las razas y edades, se han preguntado, se preguntan y se preguntarán.

Se acerca el final de la vida terrena de Cristo y se aproxima el momento de la gran verdad. El momento en que tendrá que demostrar hasta qué punto su doctrina y vida no eran pura teoría sino durísima prácti-ca. Esta semana es un auténtico compendio de la vida de Jesús; una semana en la que brillará con luz propia la sencillez, serenidad, humildad, entrega y amor, más allá del que merece la propia vida. Acabará esta gran semana con el triunfo de la Pascua, el día por excelencia.

La tradición de la entrada triunfal de un rey a una ciudad viene de los reyes de Israel, cuando el rey David ordenó: “Háganse acompañar de los funcionarios del reino, monten a mi hijo Salomón en mi mula y llévenlo a Guijón”. (I Reyes 1:33). Pero Jesús escoge un animal más humilde, una borrica, que era la montura del pueblo pobre. No es un rey guerrero y violento, sino uno que entiende el servicio como le-ma de su reino. El estilo de Jesús difiere de las expectativas del pueblo que quiere ver en él la restauración de la monarquía de Israel y la liberación política de los romanos opresores.

La multitud que hasta ahora le ha seguido desde muy lejos, a la hora de afirmar el compromiso, se echará atrás. Incluso los discípulos estaban confundidos y no entendían su programa. En su soledad silenciosa, seguro de su misión y fiel a su proyecto, Jesús avanza hacia Jerusalén, hacia la muerte que sabe pronto llegará. No necesita fijarse mucho para ser consciente de que sus enemigos tienen bien pensada y decidida su muerte. Él avanza tranquilo con valentía. Es coherente y confía en la causa que ha proclamado: el reino de Dios.

Así lo expresa el profeta Isaías: “El Señor es quien me ayuda: por eso no me hieren los insultos; por eso me mantengo firme como una roca, pues sé que no quedaré en ridículo” (Isaías 50:7). Jesús confía plenamente en el Padre, aunque sienta, como hombre normal que es, la debilidad. De ella serán testigos los olivos de Getsemaní. Con todos estos sentimientos encontrados, su entrada en Jerusalén este día es una demostración de su entera libertad. Avanza hacia la muerte porque quiere, a sabiendas de lo que le espera en la ciudad dentro de pocos días.

Mateo no los menciona, pero los niños en este día son personajes muy importantes. Junto al borrico, gritando su alegría y levantando ramos y trapos al viento, adornan la fiesta y la llenan de alegría. Es su manera de expresar su adhesión a Jesús, quien antes los ha bendecido muchas veces y hoy les sonríe complacido. Los niños, ajenos a la malicia de los adultos, abren su corazón a la amistad y a todo lo noble. Jesús lo sabe y los quiere. Mientras tanto, el borrico sigue a compás lento su camino. Hoy también, todo lo humilde, simple y sencillo queda ensalzado por el noble uso que de él hizo el maestro.

Mateo presenta a Cristo en el centro de la pasión. Él domina de forma magistral la situación. Sus sufrimientos quedan iluminados por tres hechos: Jesús entrega su vida por la salvación de todos, hace ver que Jesús cumple libremente la voluntad de Dios, y hace ver que sabe cuándo ha llegado su hora. Esto nos hace tomar conciencia de los sufrimientos y dolores que Cristo pasó para salvarnos. La pasión de Cristo es también nuestra pasión. Jesús continúa sufriendo la muerte en todos los hombres y mujeres privados de libertad, sin lo necesario para vivir dignamente, esclavos de ídolos, drogas, pobreza e ignorancia. Muchos se venden o son vendidos por lo que no tiene sentido ni valor.

Unos, nos lavamos las manos de la pobreza estructura del mundo o queremos suponer que no tenemos ninguna parte en ella. Otros, huimos de la verdad y de los problemas, como Pilatos. Mientras a los más necesitados les toca avanzar en soledad con su cruz a cuestas, como Jesús. Si somos amigos de Jesús, tenemos que infundir fortaleza solidaria y disminuir el peso de la cruz en nuestros hermanos. La misión de nosotros como cristianos la formula Pablo en este himno de la carta a los filipenses que escuchamos hoy. En él se proclama la trayectoria de Jesús bajando hasta lo más profundo de la experiencia humana y levantado luego por Dios hasta la altura de la divinidad: “Aunque existía con el mismo ser de Dios, no se aferró a su igualdad con él, sino que renunció a lo que era suyo y tomó la naturaleza de siervo”. Es decir, se vació por dentro y por fuera. Quiso experimentar la debilidad, el dolor, el miedo y la soledad total.

Por esto tenemos un intercesor válido ante el Padre que conoce por experiencia lo que es ser criatura de barro. Sólo el amor puede empujar tan abajo y alcanzar profundidades tan hondas. Nos salvó desde dentro, penetrando en el misterio del pecado que cargó sobre sus hombros. Su ejemplo nos estimula a la solidaridad, humildad y esperanza, pues estos campos de soledad y muerte -por donde pasó el pecado-, han sido pisados por Jesús con la cruz a cuestas. Sus hondas huellas han hecho brotar vida y esperanza donde antes sólo había sombra y muerte.

Jueves Santo

COLECTA

Padre todopoderoso, cuyo amado Hijo, en la víspera de su padecimiento, instituyó el Sacramento de su Cuerpo y Sangre: Concédenos, en tu misericordia, que lo recibamos con gratitud como memorial de Jesucristo nuestro Señor, que en estos santos misterios nos da una prenda de la vida eterna; quien vive ahora y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

**EXODO 12:1-4, (5-10), 11-14; SALMO 116:1, 10-17;
I CORINTIOS 11:23-26; SAN JUAN 13:1-17, 31B-35**

JUEVES SANTO

Hugo Olaiz

Es común entre la gente latina tener en la casa un cuadro de la última cena. La más famosa representación fue realizada por el artista italiano Leonardo Da Vinci, y muestra a Jesucristo en el centro, rodeado de sus doce apóstoles. El apóstol Juan, muy joven y sin barba, aparece a la derecha de nuestro Señor. Los apóstoles del lado izquierdo parecen perturbados, tal vez tratando de adivinar quién va a traicionar al Maestro.

Hoy, Jueves Santo, recordamos esa última cena. La escritura que leímos del capítulo 12 de Éxodo explica cómo Dios estableció la Pascua entre los judíos. De acuerdo al relato bíblico, el pueblo judío se hallaba en esclavitud en Egipto. Mediante el profeta Moisés recibieron el mandato de celebrar una cena especial todos los años para recordar cómo Dios los liberaría de esa esclavitud. La noche antes de

escapar, Dios envió una plaga que mató a los primogénitos de todas las familias egipcias, pero preservó la vida de los primogénitos judíos. Es por esa liberación milagrosa que los judíos pudieron escapar de la esclavitud y establecerse en la Tierra Prometida.

Pero para nosotros, como cristianos, el significado de la Pascua Judía se completa con Jesucristo. El apóstol Pablo enseñó que es mediante Jesucristo que somos liberados de la muerte y del pecado. La liberación física y corporal descrita en Éxodo adquiere en Jesucristo una dimensión espiritual y trascendente.

Al reunirse con sus apóstoles en la última cena, Jesucristo conmemora la Pascua Judía y, al mismo tiempo, da inicio a los tres días que van del atardecer del jueves Santo a la mañana de la resurrección. Nosotros conmemoramos esos tres días en lo que a veces se llama “el Triduo Pascual”. La palabra Triduo significa “tres días”. Hoy, Jueves Santo, conmemoramos el inicio de esos tres días.

Los relatos de Mateo, Marcos y Lucas describen esa última cena, pero el que leímos hoy, de Juan capítulo 13, es diferente. La cena se menciona, pero lo que realmente describe es lo que ocurrió después: Jesucristo se ciñe una toalla alrededor de la cintura, echa agua en una vasija, lava los pies de los discípulos y luego los seca con la toalla. Al principio los discípulos no entienden lo que está haciendo y, de hecho, Pedro no quiere que Jesús le lave los pies. Pero en los versículos del 14 al 17, Jesús les explica el significado: “Si yo, el Maestro y Señor, les he lavado a ustedes los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Yo les he dado un ejemplo, para que ustedes hagan lo mismo que yo les he hecho. Les aseguro que ningún servidor es más que su señor, y que ningún enviado es más que el que lo envía. Si entienden estas cosas y las ponen en práctica, serán dichosos”.

Jesús estaba dando un ejemplo de humildad. Él sabía que había envidias entre los discípulos, que a veces discutían sobre quién era el más importante o el mejor. El orgullo y la envidia no son buenas cualidades para nadie, pero son especialmente destructivas cuando ocurren entre los líderes de la Iglesia. Jesús les estaba ordenando a estos discípulos, que estaban por convertirse en los líderes de la Iglesia, que fueran humildes.

La lectura de Juan concluye con otra enseñanza de Jesucristo. En los versículos 34 y 35, Jesús les dice: “Les doy este mandamiento nuevo: Que se amen los unos a los otros. Así como yo los amo a ustedes, así deben amarse ustedes los unos a los otros. Si se aman los unos a los otros, todo el mundo se dará cuenta de que son discípulos míos”. Es difícil pensar de una manera más profunda y a la vez sencilla de describir lo que es ser cristiano. No se trata de conocer en detalle la Biblia, de rezar o hacer retiros espirituales, ni siquiera de participar todos los domingos de la Eucaristía. Jesús nos dice: “Ámense unos a otros”. ¡Ésa es la muestra más profunda y auténtica de que estamos siguiendo a Jesucristo!

Pero amarse los unos a los otros, de la manera que Jesús nos enseñó, no es fácil. Los jóvenes se enamoran fácilmente, pero eso no siempre significa que sea un amor duradero. Lo mismo puede decirse de las relaciones de amistad o de las familiares. El tipo de amor al que Jesucristo nos invita a participar es difícil de mantener porque nos obliga a ser humildes y estar dispuestos a servirnos mutuamente con devoción.

Pensemos en nuestra relación de pareja, en nuestra familia, en la comunidad de la iglesia como si fueran talleres en los que se pone a prueba el mandato de Jesús de amarnos los unos a los otros. Es probable que estas relaciones no sean siempre color de rosa: habrá altibajos en algunas de

ellas. Si están basadas en un enamoramiento superficial, es probable que no duren mucho tiempo. Pero si se basan en el respeto, la humildad y el deseo de avanzar por una causa común, entonces habrá un deseo de servirse y ayudarse mutuamente, y es probable que sobrevivan las pequeñas rencillas, enojos y molestias que son parte de nuestra naturaleza imperfecta.

Jesús nos invita a que veamos nuestras relaciones con un sentido de perspectiva; que veamos más allá de las pequeñeces y las emociones pasajeras; que sepamos ser humildes; que sepamos perdonar; que sepamos pedir perdón cuando nos equivocamos; y que sepamos también perdonarnos a nosotros mismos.

Hay mucha diversidad en las maneras en que los cristianos conmemoran la Semana Santa, y la verdad es que no sabemos cómo la celebraban los primeros cristianos. Para algunos, éstos serán días como cualquier otro; para otros, serán días de confesarse, de participar en procesiones, de abstenerse de comer carne; para otros más, será una temporada dedicada a orar o a leer la Biblia. Algunas iglesias realizarán el lavamiento de pies, recordando lo que leímos hoy en el evangelio de Juan. Algunas familias e iglesias se reunirán para ver alguna película inspirativa, como por ejemplo “Jesús de Nazaret”, de Franco Zeffirelli.

Pero tal vez la mejor manera de conmemorar la Semana Santa sea tratar de ser humildes y de ayudarnos y amarnos los unos a los otros tal como Jesús nos mandó que lo hiciéramos. Jesús nos dio el ejemplo perfecto. A nosotros sólo se nos pide que, con todas nuestras imperfecciones y defectos, simplemente tratemos de ser humildes, de amarnos y de seguir sus pasos.

Hugo Olaiz es editor asociado de recursos latinos/hispanos para Forward Movement, una agencia de la Iglesia Episcopal.

Viernes Santo

COLECTA

Mira con bondad, te suplicamos, Dios omnipotente, a esta tu familia, por la cual nuestro Señor Jesucristo aceptó ser traicionado y entregado a hombres crueles, y sufrir muerte en la cruz; quien vive ahora y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

**ISAÍAS 52:13-53:12; SALMO 22; HEBREOS 10:16-25
O HEBREOS 4:14-16; 5:7-9; SAN JUAN 18:1-19:42**

VIERNES SANTO

El Rvdo. Dr. Fabián Villalobos

La liturgia y celebración del Viernes Santo pone al centro la cruz y pasión de Jesús. Las lecturas nos confrontan con el misterio del sufrimiento, sacrificio, y muerte dolorosa y voluntaria de Jesús. Desde la profecía de Isaías, que describe al siervo sufriente, hasta la narración de la pasión de Juan, donde somos testigos de la traición, negación, condena y muerte en cruz, podemos encontrar un hilo conductor común: en obediencia al Padre, Jesús sufre y experimenta el dolor humano hasta el extremo de entregar su vida en una cruz por nuestra salvación y para demostrarnos el amor extremo de Dios.

El Viernes Santo es un día cargado de una mezcla de emociones; participamos en una celebración que nos recuerda la muerte de Jesús, el Hijo de Dios. El “Emanuel”, “Dios con nosotros”, que tomó nuestra naturaleza humana y se hizo hombre por el poder del Espíritu Santo en el vientre de María la virgen, se entrega completamente por nuestra salvación. En este día comprobamos que el amor de Dios es verdaderamente sin límites: “Dios no nos negó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros”. (Romanos 8:32).

El Viernes Santo es un día que fluctúa entre la tristeza y la esperanza. De una parte, experimentamos la tristeza al reconocer que Jesús, el inocente, es injustamente condenado y ejecutado “Aunque nunca cometió ningún crimen ni hubo engaño en su boca”, como escuchamos del profeta Isaías. Esta tristeza es fundamentada porque en la traición, negación, condena y muerte de Jesús, encontramos a las víctimas que actualmente, o a través de la historia, han sido injustamente condenadas o sacrificadas por complacer a personas o comunidades que claman a muerte la vida de los inocentes. Siempre hay corruptos que piden a gritos la sangre de los justos. Como leímos en el Salmo: “Porque jaurías de perros me rodean, y pandillas de malignos me cercan; horadan mis manos y mis pies; contar puedo todos mis huesos”. En la pasión y la cruz de Jesús encontramos a los innumerables justos que sufren y son condenados al dolor sin razón.

La tristeza es real porque Jesús es el cumplimiento de la profecía dolorosa de Isaías: “Como a alguien que no merece ser visto, lo despreciamos, no lo tuvimos en cuenta. Y sin embargo él estaba cargado con nuestros sufrimientos, estaba soportando nuestros propios dolores”. Ese desprecio del que habla el profeta es parte de la respuesta humana al amor de Dios. Lejos de ser una historia del pasado, el Viernes

Santo lo vivimos de manera personal y comunitaria, en la forma como nos relacionamos con Dios a través de Jesús.

La tristeza a nivel personal, entonces, es por el reconocimiento de nuestro propio pecado, más allá de escuchar o juzgar lo que hizo Judas, Pedro, Pilato o los judíos; cada uno de nosotros al reconocer y aceptar su propio pecado puede entender con sinceridad cómo traiciona, condena y crucifica nuevamente a Jesús hoy en día. Basta hacer un examen veraz de nuestra coherencia cristiana para descubrir con qué frecuencia somos nosotros los que gritamos con nuestras acciones y palabras ¡Crucifícalo! Y no obstante esto nos provoca vergüenza, repulsión o angustia. Son nuestras infidelidades, desobediencias y pecados los que siguen crucificando a Jesús.

La tristeza también se manifiesta a nivel comunitario al verificar que de una u otra manera la extensión de nuestros pecados contribuye al desorden cósmico y social. Racismo, explotación, violencia, discriminación, manipulación, la poca conciencia ecológica, entre muchos otros males, son expresión de un cristianismo desencarnado, muchas veces hipócrita o solamente ritualista que no pone a Dios o al prójimo como prioridad. El Viernes Santo denuncia cómo la paz y la reconciliación que Dios nos brinda en Jesús no siempre es aceptada porque queremos un cristianismo sin cruz y sin sacrificio.

Al mismo tiempo, el Viernes Santo es un día de esperanza. Aunque parezca contradictorio e ilógico para nosotros, es por medio de la muerte de Jesús que Dios nos demuestra su amor. La cruz de Jesús es nuestra puerta al cielo: “Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna”. (Juan 3:16). La manera como Dios dio a su Hijo fue en la cruz. En la muerte obediente Jesús cumple el plan de salvación del Padre. Si bien Jesús sufrió de una manera

intensa y se sintió abandonado al punto de exclamar “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?”, como un reclamo al Padre, nos confirma que la obediencia fiel de Jesús a Dios produjo frutos de los que hoy nosotros podemos gozar.

Jesús al ser inmolado y ofrecerse voluntariamente carga y recibe sobre sí mismo todo el pecado del mundo. Por esta razón el Viernes Santo es un día de esperanza. Jesús cargó también nuestro pecado y con su sangre pagó el precio de nuestra redención. Ya Jesús pagó con su vida por nuestro rescate, su sacrificio es suficiente.

El Viernes Santo es un día de esperanza porque “el castigo que sufrió nos trajo la paz, por sus heridas alcanzamos la salud”. (Isaías 53:5). A pesar de nuestras infidelidades y pecados podemos entrar en comunión con Dios por medio de la cruz de Jesús y gozarnos en la paz y el amor que Dios tiene por nosotros. El Viernes Santo nos recuerda que Jesús es el Cordero de Dios. Así como la sangre de los corderos cubrió y protegió a los Israelitas en la noche de la Pascua, la sangre de Jesús es vida nueva y eterna para todos los creyentes.

“Después de tanta aflicción verá la luz”, leímos en Isaías. La cruz que Jesús cargó es instrumento de liberación y vida nueva. Fue por esa cruz que él experimentó la resurrección. La cruz de Jesús es nuestra esperanza. Al cargar nuestra propia cruz y seguir obedientes los pasos de Jesús declaramos que creemos en un futuro de comunión con Dios, que caminamos hacia ese lugar donde viviremos en paz y sin dolor para siempre, como vive Jesús a la diestra del Padre. Amén.

El Rvdo. Dr. Fabián Villalobos es Rector en la Iglesia Episcopal Cristo en la Diócesis de Dallas, Texas.

La Gran Vigilia Pascual

COLECTA

Oh Dios, por tu Hijo has conferido a tu pueblo la claridad de tu luz: Santifica este fuego nuevo, y concede que en esta fiesta Pascual de tal manera ardamos en deseos celestiales que con pensamientos puros lleguemos a la festividad de la luz eterna; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

**EXODO 14:10-31; 15:20-21; SALMO 114;
ROMANOS 6:3-11; SAN MATEO 28:1-10**

LA GRAN VIGILIA PASCUAL

El Rvdo. Nelson Serrano Poveda

Hermanos y hermanas. Hoy, después de 40 días, podemos decir: ¡ALELUYA! Hoy, después de tres días, volvemos a sonar las campanas con gozo. ¡Hoy celebramos la Pascua! Pero ¿Qué es la Pascua? ¿Para qué nos preparamos durante la Cuaresma? Pues bien, la Pascua, para nosotros los cristianos, es una celebración. Así lo reconocemos cada Domingo en la Eucaristía, al momento de la fracción del pan, cuando repetimos estas palabras: “¡Aleluya! Cristo nuestra Pascua se ha sacrificado por nosotros. Celebremos la fiesta ¡Aleluya!”

En esa celebración conmemoramos con gozo el núcleo fundamental de nuestra fe: la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Y esto también lo reconocemos en la misa cada Domingo cuando respondemos a las palabras de institución de la Eucaristía con esta u otra aclamación similar: “Cristo ha muerto, Cristo ha resucitado, Cristo volverá”.

Hermanos y hermanas pensemos en cuatro palabras en la noche de hoy. La primera es “Celebración”. Los cristianos celebramos que Jesús Murió, Resucitó y ascendió a los cielos. Lo hacemos cada Domingo y, de forma particular, el día de hoy en esta Vigilia, mañana el día de Pascua y también durante los 50 días de este tiempo pascual. Nuestras misas son la fiesta que hacemos para celebrar el amor de Dios que nos ama tanto que envió a su Hijo Jesús a morir en una cruz por nuestros pecados, que lo resucitó de entre los muertos venciendo el poder que la muerte y el pecado tenían sobre todo el género humano, y que con su ascensión nos abre las puertas a una vida eterna de santidad. Hagamos que nuestras Eucaristías sean una fiesta, una celebración del amor de Dios por nosotros y de nuestra reconciliación con él. Que cuando vengamos a la Eucaristía no lo hagamos con caras largas, rostros entristecidos, sino con la alegría de quien va a una fiesta a encontrarse con Dios que es amor.

La segunda palabra es “pasión”. Pensemos en la pasión antes del mero acontecimiento de la muerte, porque ésta es antecedida por el sufrimiento. En esta Semana Santa hemos recordado el sufrimiento de Jesús, y en esta Vigilia hemos recorrido la historia y el sufrimiento del Pueblo de Israel, del cual somos herederos en la fe. Vimos a Adán y Eva ser expulsados del paraíso a razón de su desobediencia; recordamos a un pueblo esclavizado en Egipto, oímos sobre ese pueblo enviado al destierro, y sobre una ciudad y un templo en ruinas. Pero estas situaciones fueron motivo de esperanza para el pueblo, de volver a la amistad con Dios, a la casa del Padre; la esperanza de la libertad luego de la esclavitud, de volver a la ciudad de la cual habían sido expulsados para reconstruirla y al templo y, finalmente, la esperanza de un mesías. Pensemos ahora también en nuestro propio sufrimiento. Lo que sucede en nuestros países, ciudades, hogares; también en nuestro dolor personal, sea físico, emocional o espiritual. También es un momento de

esperanza porque Dios promete en medio del dolor de su pueblo la liberación, paz, reconstrucción, bienestar y redención.

La tercera palabra es “muerte”. A lo largo de esta semana hemos oído dos veces el relato de la Pasión y Muerte del Señor. Mateo y Juan nos han mostrado con lujo de detalles, y desde sus perspectivas y particularidades teológicas, cómo Jesús entregó su vida en el madero de la cruz. Pensemos en la cruz, aquella que hacemos al empezar nuestras oraciones. Para muchos la cruz es una señal de tortura, martirio e incluso una deshonra, pero para nosotros es señal del amor de Dios, de un Padre que nos ama tanto que permitió que su Hijo se entregara en la cruz por nosotros, pero también de un Dios que entiende nuestro dolor y se hace solidario con la humanidad, porque Jesús, como hombre verdadero, sufrió y padeció la muerte.

Jesús sigue muriendo el día de hoy. No pensemos solamente en nuestros hermanos difuntos o las personas en estado terminal de alguna enfermedad, sino en aquellos a quienes nuestra sociedad rechaza y discrimina; aquellos que, por alguna razón, ni siquiera están aquí, con nosotros, compartiendo la Palabra de Dios: migrantes indocumentados, ancianos, población LGBTQ+, indigentes, presos. Jesús está muriendo en ellos al no ser completamente incluidos en nuestra sociedad, víctimas de la violencia, el cambio climático, el racismo. ¿Qué debemos hacer para que ellos tengan un lugar en esta mesa? ¿Para que Jesús no siga muriendo en nuestra sociedad?

La cuarta palabra es “resurrección”. Jesús resucita. Así lo escuchamos en el relato cuando las mujeres encuentran la tumba vacía. Ni las mujeres ni los discípulos son capaces de reconocer a su maestro porque su forma corporal era distinta. Celebrando la Pascua (Pasión, Muerte y Resurrección del Señor) pidamos a Dios que

nos ayude a tener una verdadera experiencia pascual, que nos conceda morir a aquello que nos aleja de él, para resucitar convertidos; pidamos que nos ayude a morir a la discriminación y el rechazo a los demás para resucitar al amor, la caridad, el respeto y la comprensión a todo ser humano. Pidamos también que nos dé la gracia que nuestro cuerpo cansado, nuestra mente fatigada por los problemas de la vida cotidiana y nuestro espíritu que se desalienta con la falta de Dios en el mundo, resucite para encontrar salud, paz y fe.

Que estos 50 días de Pascua sean una oportunidad continua de morir a aquello que nos aleja de Dios, de nosotros mismos y los hermanos, para resucitar a una vida en la que seamos uno con Dios, con nosotros y con aquellos que nos rodean. Que hoy, al renovar nuestras promesas bautismales, renovemos nuestra fe en la Santa Trinidad y nuestro compromiso de luchar por la justicia, la paz y la dignidad de todo ser humano. Amén.

El Rvdo. Nelson Serrano Poveda, es Presbítero en la Diócesis Episcopal de San Joaquín y Misionero Hispano de la misma Diócesis. Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia, y Master of Arts in Religion de Trinity School for Ministries.

Día de Pascua

COLECTA

Dios todopoderoso, que por nuestra redención entregaste a tu unigénito Hijo a muerte de cruz, y por su resurrección gloriosa nos libraste del poder de nuestro enemigo: Concédenos morir diariamente al pecado, de tal manera que, en el gozo de su resurrección, vivamos siempre con Jesucristo tu Hijo nuestro Señor; que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

JEREMÍAS 31:1-6 O ISAÍAS 25:6-9; SALMO 118:1-2, 14-24; COLOSENSES 3:1-4 O HECHOS 10:34-43; SAN JUAN 20:1-18 O SAN MATEO 28:1-10

DÍA DE PASCUA

El Rvdo. Dr. Jack Lynch

“¡Aleluya! Cristo ha resucitado. Es verdad, el Señor ha resucitado. ¡Aleluya!”.

Hoy es la Pascua del Señor. Hoy terminamos la Semana Santa con el comienzo del primer día de la nueva creación. Por eso hoy es el día principal del calendario cristiano y es el que da sentido a todas las demás celebraciones; es el domingo que convierte todos los domingos en el “Día del Señor”. En las palabras del salmista: Éste es el día en que actuó el Señor; regocijémonos y alegrémonos en él.

Las lecturas de nuestro leccionario nos facilitan comprender la magnitud de este día y de los hechos que celebramos al culminar la Semana Santa, pues, una por una, nos van

preparando muy didácticamente para encontrarnos con la realidad de la resurrección de Jesucristo.

En primer lugar, si seguimos las lecturas según la recomendada costumbre actual de leer los Hechos de los Apóstoles en el lugar usual de la del Antiguo Testamento, escuchamos uno de los primeros anuncios de la Pascua. Vemos un San Pedro que refleja tradiciones apostólicas todavía más antiguas que el libro de Hechos. El apóstol proclama la muerte y la resurrección de Jesús como una revelación del Padre celestial que “no hace diferencia entre una persona y otra”, del Dios que no practica ningún favoritismo, sino que acepta a todos los que se convierten por fe y hacen lo bueno.

Los detalles de este sermón son los esenciales del credo cristiano: El Dios de Israel envió a Jesús para anunciar la paz y hacer el bien; sus opositores lo mataron, colgándolo en una cruz; Dios lo resucitó en el tercer día; apareció a los discípulos que había escogido; los envió a anunciar el perdón de los pecados en su nombre. Aunque el texto es algo escueto, que Pedro haya mencionado cómo Jesús había sanado a los enfermos y que los discípulos habían comido y bebido con Cristo resucitado, da un impresionante aire de veracidad a su mensaje. Su profesión de fe está basada en los hechos concretos de la realidad de su relación con Jesús. ¡Pedro pudo proclamar que el Resucitado vive porque lo vio con sus propios ojos y lo tocó con sus propias manos!

En seguida leemos o cantamos el Salmo 118. Es uno de los textos asociados con la Pascua desde la antigüedad. De esa manera celebramos lo que el apóstol nos anunció en la primera lectura. Este salmo es un himno de victoria y regocijo por las grandes hazañas del Señor, por las maravillas que nuestro Dios ha hecho. También es una invitación a todos para que le demos gracias por nuestra salvación: Daré gracias porque me respondiste y me has sido de salvación.

Varios de los versículos de este salmo son claves para la interpretación del misterio pascual. Por ejemplo, en el versículo 17 casi podemos escuchar la voz de Cristo diciendo: No he de morir, sino que viviré y contaré las hazañas del Señor. En el 22 encontramos una buena metáfora para describir la muerte y resurrección del Señor: La misma piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser la cabeza del ángulo. Y no debe faltar mención del versículo 22: Éste es el día en que actuó el Señor; regocijémonos y alegrémonos en él. ¡En la Pascua los creyentes celebramos que hoy Dios ha actuado con amor y poder para salvar a su pueblo!

Después de describir y celebrar la resurrección de Jesús, la epístola de San Pablo a los Colosenses nos enseña cuáles son las consecuencias de la resurrección para el pueblo cristiano. En primer lugar, la nueva vida en el Resucitado debe cambiar nuestra perspectiva. Ya no hemos de pensar sólo en las cosas de este mundo, sino “buscar las cosas del cielo”, es decir, debemos dar prioridad a las cosas de Dios y a lo que él quiere para la humanidad: paz, perdón y reconciliación. Vivir con Cristo es una transformación de nuestra vida. Si participamos en la resurrección de Jesús, también debe prepararnos para participar en su gloria eterna. Por tanto, otra consecuencia de la resurrección es que ya tenemos una nueva esperanza en el amor de Dios.

Finalmente, las lecturas del día nos llevan al Evangelio, sea el texto de Mateo o el de Juan. Ambos nos relatan los acontecimientos de las primeras horas de aquel domingo cuando María Magdalena, la otra María, Pedro y Juan llegaron a la tumba de Jesús.

Primero fueron las mujeres para atender al cuerpo de Jesús; pero al llegar cosas extrañas pasaron: el terremoto, la piedra movida, la tumba vacía y el anuncio del ángel diciendo que Jesús había resucitado. Todo fue suficiente para asustar

a cualquiera; sólo podemos imaginar el asombro de las mujeres. Quizá por eso el ángel les dijo: “No tengan miedo”. Luego, arribaron los dos discípulos, corriendo para ver quién llegaría primero. Observaron también los detalles de la tumba vacía con los lienzos enrollados y comenzaron a creer en la resurrección, aunque todavía no entendieron del todo.

Lo más conmovedor de los relatos de la resurrección que leemos hoy es el encuentro de Jesús con las mujeres. Dice San Mateo: “Jesús se presentó ante ellas y las saludó”. Su Maestro crucificado, ahora resucitado, las saludó. Y cuando lo vieron, ellas se acercaron a Jesús y lo adoraron, abrazándole los pies. Fue un encuentro emotivo y alegre entre el Señor y las mujeres, pues le dieron el abrazo de la fe y el afecto del corazón creyente. Juan, igual que Mateo, señala que Jesús mandó a las mujeres ir y dar testimonio a los otros discípulos. Por esa razón, algunas tradiciones cristianas llaman a la Magdalena “la Apóstol a los Apóstoles”, pues fue la primera en anunciar que Cristo había resucitado; su ejemplo nos enseña que siempre debemos dar testimonio del gozo por conocer al Cristo vivo.

Recordemos que el gozo de la Resurrección no sólo se trata de los eventos del pasado, sino que es algo que podemos experimentar hoy: podemos encontrarnos con Jesús, el Señor resucitado; podemos elevar nuestros corazones al cielo y abrazar a nuestro Maestro por la fe; podemos recibir el Sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo en la esperanza de nuestra propia resurrección y de ser llenados de la gloria del Señor cuando aparezca de nuevo.

Éste es el día en que actuó el Señor; regocijémonos y alegrémonos en él. ¡Aleluya!

El Rvdo. Dr. Jack Lynch es un sacerdote de la Diócesis Episcopal de Rhode Island y Cura Párroco de la Iglesia Episcopal San Jorge en Central Falls, RI.

**Sermones para Semana Santa y Pascua de 2023:
Una ofrenda de los Sermones que Iluminan de la Iglesia
Episcopal**

**Para encontrar la Iglesia Episcopal más cercana,
visite Episcopal Asset Map en episcopalassetmap.org**

**Visite Sermones que iluminan en sermonsthatwork.com
para encontrar sermones, estudios bíblicos, encartes para
boletines y otros recursos gratuitos para su congregación.**

Para obtener más información, póngase en contacto con:

Christopher Sikkema

Gerente de Proyecto

Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal

csikkema@episcopalchurch.org

**Publicado por la Oficina de Comunicación de
la Iglesia Episcopal, 815 Second Avenue,
New York, N.Y. 10017**

**©2023 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la
Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América.
Todos los derechos reservados.**